

UN HEROE

No de otro modo puede llamarse al payés de la huerta de Tortosa Salvador Videllet Sol (a) «Blanquet», cuyo retrato reproducimos en el presente número.

En «Los Debates», de la mencionada ciudad, encontramos el relato de las hazañas de Videllet, y a continuación reproducimos algunos de los párrafos más interesantes de la narración hecha por el mismo interesado:

«Tengo una «muleta» de unos 23 palmos de larga y 7 y medio de ancha, para pasar el río, y al ver que éste empezaba a crecer, la dejé a mi vecino Juan Miró Domenech para que si continuaba la crecida del río y había peligro, se salvara él y la trajera a mi huerta. El agua seguía subiendo y la lancha no venía; llegaba la riada muy arriba; quizá había 20 palmos de agua en la casa cuando llegó Miró con la lancha. Recogí a mi mujer y a mis hijos y marchamos contra la corriente, que quería arrastrarnos hacia el cauce. De un lado y otro oíanse gritos pidiendo socorro y nos fuimos a otro huerto del señor Cruells, donde estaban apurados el hortelano y un mozo; recogidos éstos y con la «muleta» hundida hasta la borda, fuimos hacia el arrabal de La Petja, para dejarlos en salvo.

En seguida, como de todos lados se oían gritos que pedían auxilio y socorro, traté de marchar otra vez con la lancha, pero mis cuñados querían cogérmela para salvar los frutos de la cosecha y lo poco que formaba el ajuar de mi casa. Mi mujer les apoyaba, llorando.

—Pero ¿no oís —les dije— esos gritos de gentes que están en peligro y quizá ahogándose? ¡Que se pierda todo lo mío y que salve a uno solo de esos que piden auxilio!

Y sin escuchar a nadie me lancé con mi «muleta» hacia las huertas inundadas. Así, de esta manera, pude salvar a 62 personas. (Aquí enumera con todo género de detalles a los salvados, cuya mayoría son mujeres y niños).

Cuando llegó la noche, reventado y sin apenas comer, allá a las once, me suplicaron que fuera a salvar a Juan de Félix en su huerto, donde estaba en mucho peligro. Dijéronme que el padre había ofrecido durante el día no sé que cantidad a los tripulantes de otra lancha y que no se atrevieron a hacerlo por miedo a la corriente.

—Por dinero no voy a parte alguna —les contesté—, pero por humanidad... allá voy, si lo desean.

Y con una oscuridad que ni a cuatro palmos se veía un árbol, y un fuerte «mestral» que no dejaba gobernar la lancha, allá nos lanzamos mi mozo y yo. Y le salvé. Por cierto, que nos perdimos y a tientas me pude coger a los alambres del telégrafo del ferrocarril y éstos nos sirvieron de guía para llegar al arrabal.

A las siete de la mañana del jueves ya estaba otra vez en mi lancha con tres marineros, Esteban Jiménez y Salvador y Ramón Porres, bogando hacia el huerto del «Presilari», donde pudimos salvar al arrendador y a su mujer. Cuando íbamos a regresar, oímos voces ahogadas y lastimeras que pedían socorro. Escuchamos con atención, y en el primer momento creíamos que las voces partían del otro lado del río; después parecióme que venían de la «Illa de Alberni», y por el boquete de un cañaveral lancé la lancha hacia allá, contra las protestas de los que acabábamos de salvar, que tenían zozobrar con la violencia de la corriente. Oíanse más claros y fuertes los gritos, y a un kilómetro, lo menos, de distancia del huerto donde vivía el desgraciado Ramón de «Garradures» encontramos sobre unos maderos, medio hundidos, atados a una higuera, a la mujer de aquél, herida, a un hombre desmayado y a otra mujer, que era la que gritaba.

Ya todos en la lancha, nos contó la pobre viuda, sollozando, cómo se había derrumbado la casa donde vivían y se habían ahogado su marido y sus hijos, de qué manera providencial habían podido agarrarse a las ramas y después atar una cuerda al tronco de la higuera, y cuando sin esperanzas tenían verse arrastrados por la riada, habían visto aparecer la «muleta» salvadora. Dos horas después estábamos ya en el arrabal.

—Se conoce —añadió sonriente— que no había concluido aún mi labor, porque una hora más tarde vino el criado del señor Wenez a pedirme que fuese hacia sus dos huertos, donde estaban los arrendadores en gran peligro. Fuimos allá y pudimos salvar en un huerto al colono y al mozo, y en otro, a un matrimonio con cuatro hijos.

—¿Y los frutos de la cosecha con que esperaba usted pagar el arriendo, y los muebles y aperos de labranza que dejó usted en la casa del huerto? —le preguntamos.

—Todo, todo lo he perdido —nos contestó el valeroso Videllet. Y con cristiana filosofía añadió: —Pero no me duele, porque la vida de uno solo de nuestros semejantes vale más que todas las riquezas de este mundo, pues al otro nos seguirán las buenas obras y la buena fama, y no el dinero.»

Así se comportó y así piensa este héroe de la riada del Ebro en tierras de Tortosa, hombre sencillo y valiente, que con su heroísmo honra su condición de español y de cristiano.»

(De «ABC», de Madrid, edición 31 de octubre de 1907)

La máquina lavadora OLA le ofrece una curiosidad

El Vaticano, palacio y residencia ordinaria de los Papas en Roma, situado entre el monte que le da nombre y el Tiber, fue fundado, según parece, por Constantino, o por el Papa San Simaco, a fines del siglo IV, y reedificado por Eugenio IV en el siglo XI. Sólo después de la cautividad de Aviñón, cuando los Pontífices volvieron a Roma, se hizo residencia papal permanente en lugar del palacio de Letrán, que el fuego había destruido. Siguieron otras construcciones y ampliaciones. Sixto IV construyó, de 1473 a 1481, la Capilla Sixtina; Inocencio VIII levantó, de 1486 a 1492, el pabellón de Belvedere; Paulo III construyó, en 1540, la Capilla Paulina, y Sixto V (1585-1590) la Biblioteca. El palacio del Vaticano quedó acabado definitivamente bajo el pontificado de Clemente VIII (1592-1605).

El Vaticano tiene más de mil salas, capillas y cámaras, contando con más de veinte patios. La parte reservada al Papa es pequeña, estando el resto del palacio dedicado al ceremonial y a las colecciones artísticas, entre las que se admiran obras de Rafael, Miguel Ángel, etc. Su biblioteca posee unos 50.000 manuscritos y unos 300.000 volúmenes.

Atención

Importante granja avícola precisa obrero-agricultor muy experto. Edad máxima 30 años. Preferible sepa conducir tractor.

Se le facilitará magnífica vivienda en la propia granja en donde deberá residir. Buena retribución.

Escribir de puño y letra al apartado de correos 51, detallando historial personal.

Las solicitudes no aceptadas serán devueltas.

